

SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 10
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 12 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

EL OSO MARINO.

El oso marino no es el animal de esta especie mas corpulento; este animal difiere enteramente del oso blanco de mar; pues dicho cuadrúpedo es del género del oso de tierra, y el oso marino de que tratamos aquí, es un verdadero anfibio de la familia de las focas. Mr. Forster que vió muchos de estos animales en su viaje con el capitán Cook, y dibujó algunos de ellos, proporcionó dibujos por los cuales se grabaron varias estampas, y al mismo tiempo comunicó hechos históricos acerca de los hábitos naturales de estos osos; de suerte que, unidas estas noticias con las de Mr. Steller y algunos otros viajeros, serán suficientes para dar á conocer con bastante exactitud estos animales que hasta ahora han sido confundidos con las demas focas.

Cada macho tiene comunmente ocho ó diez hembras, y á veces suele tener quince ó veinte: las ceba mucho y las guarda cuidadosamente, lo comun es verle al frente de su familia, que se compone de sus hembras y de sus hijos de ambos sexos; cada familia se mantiene separada, y aunque en ciertos parages hay millares de estos osos las familias nunca se mezclan, y cada una forma una pequeña manada, á cuya cabeza está el gefe macho que la gobierna como dueño. Sin embargo, sucede á veces que el gefe de otra familia acude al combate á proteger á uno de los que riñen, y entonces la guerra es mas general, y el vencedor se apodera de toda la familia de los vencidos uniéndola á la suya propia.

Estos osos marinos no temen á ninguno de los otros animales del mar, aunque miran con respeto, ó quizá aversion á los leones de mar, pues los evitan cuidadosamente, y nunca se acercan á ellos aunque se hallen establecidos en sus cercanias; pero persiguen cruel-

de conservar su autoridad, y no permitiendo que se le falte al decoro.

Los machos jóvenes, viven algun tiempo en el seno de la familia, y la dejan cuando son bastante adultos y bastante fuertes para ponerse al frente de algunas hembras, á quienes hace que le sigan; y esta pequeña tropa llega bien pronto á componer una familia mas numerosa: mientras dura el vigor de la edad y se hallan en estado de gozar de sus hembras, las gobiernan como dueños, y nunca las dejan; pero cuando la vejez ha disminuido sus fuerzas y amortiguado sus deseos, las abandonan y se retiran á vivir solitarios: la soledad y la tristeza parece que los hace feroces, pues estos machos viejos retirados, no manifiestan ningun temor, ni huyen como los demas á vista del hombre: regañan mostrando los dientes: acometen con osadía al que los ataca sin retroceder ni huir nunca, y se dejan matar antes que tomar el partido de retirarse.

Las hembras, mas timidas que los machos, tienen



Embarcacion atacada por los osos blancos.

La especie del oso marino se halla al parecer en todos los océanos, pues los viajeros han encontrado y reconocido estos animales en los mares del Ecuador y en todas las latitudes hasta el grado 36 en ambos emisferios. Dampier fué el primero que habló de ellos, indicándolos con el nombre de *oso marino*: otros navegantes le llamaron *foca comun*, por haberle encontrado muy frecuentemente en todos los mares neutrales ó boreales; pero no podemos dejar de advertir que este nombre se ha aplicado con impropiedad, pues pertenece específicamente á la foca comun que se halla en nuestros mares de Europa, la cual es mucho mas pequeña y carece de orejas exteriores.

Entre todos los animales de este género, el oso marino parece es el que hace viajes mas largos; su temperamento se acomoda á la influencia de todos los climas; se le encuentra en todos los mares, y en los contornos de las islas mas frecuentadas, y tambien se le ve en tropas numerosas en el mar de Kamtschatka, y en las islas deshabitadas que hay entre Asia y América.

Tomo III.

mente á las nutras marinas, que siendo mas pequeñas y débiles, no pueden resistirles. Aunque estos osos se muestran ferocísimos en sus combates, no son peligrosos ni terribles, pues ni aun se atreven á acometer al hombre para defenderse, y solo se enfurecen cuando se les acorrala de modo que no pueden huir. Tambien se enojan mucho cuando se les provoca en el tiempo en que acarician á sus hembras; y entonces se dejan matar antes que desampararlas.

El modo con que viven y se gobiernan entre sí es bastante notable. Parece que aman con pasion á su familia, pues si un oso extranjero consigue robarles un individuo de ella, manifiestan su sentimiento con lágrimas, y lo mismo hacen si uno de su familia, al cual han maltratado, se les acerca en ademán de pedir perdón. Asi se ve, al parecer, en estos animales, que la ternura sucede á la severidad, que cuando castigan á sus hembras ó á sus hijos, es siempre con repugnancia, y que el macho hace á un mismo tiempo los oficios de un buen padre de familia y de gefe imperioso, cuidando

tan grande amor á sus hijos, que aun en los mayores peligros, no los abandonan hasta haber empleado toda su fuerza y valor para defenderlos y conservarlos, y muchas veces, aunque heridas, los libertan llevándolos en la boca.

Tienen todos los sentidos muy perspicaces, y con especialidad el del oído, el cual les avisa aun durante el sueño, y despiertan cuando se va hacia ellos aunque sea de lejos.

No caminan con tanta lentitud como parece indicarlo la estructura de sus pies y es preciso ser buen corredor para alcanzarlos: nadan con mucha velocidad, de suerte que pueden avanzar en una hora la distancia de mas de una milla de Alemania: cuando se divierten cerca de las playas hacen en el agua diferentes evoluciones, nadando unas veces de espaldas, y otras boca abajo, y frecuentemente se mantienen en una situacion vertical: se revuelcan, se sumergen, y á veces saltan fuera del agua á la altura de algunos pies: en alta mar se mantienen casi siempre de espaldas, sin vérselos, no

obstante, los pies delanteros, sino solamente los traseros, que de tiempo en tiempo sacan fuera del agua, y como tienen abierto el agujero oval del corazón pueden permanecer en ella mucho tiempo sin necesidad de aspirar, y cogen en el fondo del mar los cangrejos y otros crustáceos y mariscos de que se alimentan cuando les falta pescado.

Las hembras paren en el mes de junio, en las islas desiertas del emisferio boreal; y como entran en calor en el mes de julio siguiente, se puede inferir que el tiempo del preñado es, por lo menos de diez meses; sus partos son ordinariamente de un solo hijo, y muy rara vez de dos: los machos al nacer son mayores y mas negros que las hembras, las cuales se ponen azuladas con la edad y manchadas ó atigradas entre las piernas traseras; y todos, así machos como hembras, nacen con los ojos abiertos, y con treinta y dos dientes; pero los caninos no se manifiestan hasta pasados cuatro días; las hembras alimentan sus hijos con leche hasta su regreso de la gran tierra, esto es, hasta fines de agosto; y los hijos ya fuertes, juegan frecuentemente entre sí, y cuando llegan á reñir, el padre acaricia al vencedor, y la madre socorre y protege al vencido.

Estos animales prefieren el anochecer para el coito: una hora antes, el macho y la hembra se van al mar, donde nadan tranquilamente... y despues vuelven á tierra.

Estos animales tienen el pelo erizado espeso y largo, de color negro en el cuerpo, y amarillento ó rojizo en los pies y los costados; debajo de este pelo largo hay una especie de fieltro ó vello, esto es, un segundo pelo mas corto y mas suave que es tambien de color rojizo; pero en la vejez los pelos mas largos se ponen grises ó blancos por la punta, lo cual hace parecer á los animales de color gris algo oscuro.

Sus dientes son muy agudos y están colocados en cada quijada de modo que la punta de cada uno corresponde exactamente al intervalo que separa las estremidades de los otros: en todo tiene treinta y seis, veinte arriba y diez y seis abajo.

Estos son los atributos principales que caracterizan la especie á que se da el nombre de oso marino.

REVISTA DE MADRID.

Madrid en verano tiene una fisonomía particular, muy distinta de Madrid en invierno; Madrid en verano no es la corte de España: nada en él se encuentra que sea característico por su grandeza: y no puede ser otra cosa desde que la moda, que algunas veces aunque raras, tiene inspiraciones buenas, convirtió á los cortesanos en golondrinas, obligándolos á buscar nuevos aires para cumplir con los preceptos rigurosos del gran tono, que se traslada muy oportunamente á las provincias, á los baños, á los sitios reales y hasta á los pueblecillos ajenos al mapa que rodean á Madrid. Con efecto, es insostenible la influencia de una atmósfera de treinta y cuatro grados, saturada de un polvo incesante que ahoga, y preciso será decirlo, mucho contribuye á esto la mala policía que reina, á pesar de los muchos bandos del corregimiento. En Madrid solo se vive de noche y en el Prado, recurso necesario para pasar algunas horas, y disponerse para buscar el lecho, en un cuarto caldeado, gracias á la mala preparación de las casas de la corte.

Cerrados los salones y los teatros principales, reducidos los altos círculos con la emigración *fashionable*, muy poco alimento ofrece la crónica para llenar las columnas con una revista, que presente variedad; pero para conseguir nuestro objeto, echaremos mano de algunos espectáculos, de los llamados puramente de verano. Nada diremos de la gran lucha de fieras celebrada en Aranjuez, porque sería ocuparnos de un asunto muy sabido y algo atrasado: allí los aficionados á toros se regocijaron con un triunfo *patriótico*, según ellos, viendo domoñada la valentía del león africano por el arrogante toro español, que le hizo agitar el aire y morder la tierra arrinconándolo, aunque á costa de su rabo que salió entre las poderosas mandíbulas de la fiera enemiga. Otro espectáculo de no menos curiosidad y mas nuevo en la corte se ofreció al público de Madrid, en el circo de la puerta de Alcalá: hablamos de las dos funciones de indios negros y pegadores portugueses, que probablemente no se aclimatarán ni deben aclimatarse en España, pues son fiestas de mas valor que arte, y donde siempre se cuentan algunas victimas. Es incalculable la osadía de los portugueses que en el redondel se ponen á brazo partido con el toro, recibiendo porrazos mortales; los pegadores acometen al yicho, pasándole el brazo alrededor de las astas, y fácil es concebir que el bravo animal sacude con sus esfuerzos al atrevido, hasta que le hace perder en la lucha y medir el suelo; se redoblan los golpes y los abrazos, se abaten las fuerzas del toro y entonces deja que hagan con él cuanto quieren sus enemigos. La suerte de los rejoncillos de los negros es mas entretenida, aunque tambien espuesta: se arrojan delante del toro, parte éste contra el bulto y el negro sin levantarse le clava el hierro dejando que el animal le patee y que pase por encima de su cuerpo; siempre tiene delante tres ó cuatro negros que le esperan con los rejoncillos en la mano, ostentando una serenidad pasmosa, y ningún aprecio de la vida. En estas funciones, quien disgustó al público fué un llamado caballero Antonio de los Santos, gran ginete;

pero que mereció una silba, porque nada hizo que le captara el aprecio de un público que necesita siempre ver á los hombres con la vida suspensa en la punta de los cuernos; para el público tauromáquico, el caballero de los Santos nada hizo que fuese digno de notarse, porque no se entregaba en cuerpo y alma á la muerte: mirado por este punto de vista, el público tenía razón, pues cualquiera de nuestros picadores se espone diez veces mas en la plaza, presentando el cuerpo al toro y sosteniéndole con la pujanza de su brazo, mientras que el portugués clava el rejoncillo á la carrera, sin grave peligro. Estamos conformes con lo que todos han dicho: las funciones de esta clase son para *vistas una vez*; pero no despiertan el entusiasmo como nuestras corridas, que son una locura para el pueblo.

El teatro del Drama, hace dos semanas que está llamando una numerosa y escogida concurrencia, que ha aplaudido sin cesar á una compañía de jóvenes españoles que para medir sus fuerzas y tender las alas de su entusiasmo artístico, se ha presentado sin pretensiones de ninguna clase, á interpretar algunas partituras conocidas de los célebres maestros. Discípulos los mas del Conservatorio, pero sin nombre, concibieron el atrevido proyecto que han puesto en planta, despues de mil dificultades y mil pasos, allanados felizmente, gracias al celo de don Pedro Perez, que es uno de los que forman parte de la sociedad, hallándose al frente de la parte administrativa; la citada compañía, para asegurar el logro de su pensamiento, tuvo la acertada idea de dirigirse á la señorita doña Emilia Moscoso, joven que habia sido muy aplaudida en *La Mensajera*, zarzuela representada en el teatro Español, y en algunas óperas del teatro Real, donde cantó de comprimaria; los jóvenes españoles conocieron que la señorita Moscoso era una gran adquisicion para sus trabajos artísticos, pues sabian de lo que era capaz, aunque no contaba con un nombre de *cartello*; la señorita Moscoso se prestó gustosa á los deseos de sus compatriotas, y se puso en escena la ópera *Hernani*, de Verdi. La prensa toda se ha ocupado del éxito de esta partitura, y basta decir que cuantas noches se ha puesto en escena ha aplaudido el público con un entusiasmo poco común, haciendo salir á los modestos artistas, que ni anunciar habian querido sus nombres, porque siendo desconocidos no ofrecían garantía alguna al público que habia de oírlos por la primera vez.

Vamos á emitir nuestra opinion sobre los jóvenes artistas que desempeñan las primeras partes. La señorita Moscoso, que apenas cuenta veinte y dos años de edad, tiene una figura graciosa y simpática, á propósito para la escena, pues puede adaptarse á toda clase de caracteres; sus maneras son bastante desenvueltas para quien no conoce la acción dramática, pero necesita que la práctica y el estudio de buenos modelos le den la precisión y el juego escénico, lo que estamos seguros conseguirá pronto, porque sueña ambición de gloria y revela una buena penetración. Su voz es afinada y estensa, distinguiéndose en los puntos bajos por su robustez; su escuela es excelente; sabe sentir y comprende siempre lo que canta; con tales dotes es preciso confesar que á la señorita Moscoso le espera un gran porvenir artístico, si sigue estudiando y no se envanece con los aplausos que le han prodigado las noches que ha cantado; debe comprender que no ha hecho mas que poner el pie en el templo del arte, pero que lo ha puesto con firmeza: el estudio y sus disposiciones la irán elevando, mas no olvide que es muy fácil resbalar en el terreno en que se ha colocado, porque ha dado un paso inmenso. El tenor, señor Hernandez Amores, es un joven entusiasta y fervido en el canto, aunque muy arrebatado, lo cual no es extraño porque su inespencia de actor hace que manifieste con maneras exageradas lo que debia marcar con el rostro; el timbre de su voz es agradable, buena y bastante afinada; demuestra este joven ser aplicado y con la aplicación es indudable que alcanzará reputación. El bajo, señor Oriola, posee una voz poderosísima, de la cual puede sacar un gran partido, pues es indudable que en la carrera á que se dedica encontrará pocos rivales; vemos con gusto que el señor Oriola ha escuchado las advertencias de la prensa y que estudia mas su persona en la escena, pues las primeras noches se presentaba muy desaliñado, sin cuidarse de los ademanes; le aconsejamos que lea con detenimiento los versos que cante para darles su verdadero sentido, pues el cantante no debe ser una máquina que produce notas; el alma del arte es el sentido. El barítono, señor Hernandez, muy conocido en las sociedades de la corte, tiene una voz que envidiarían muchos artistas que son algo en el mundo musical, pero le falta escuela para desarrollarla; el efecto de sus notas sostenidas sorprende, y es lástima que al espresar sus afectos vibre demasiado la voz, lo que hace sobresalir un timbre gutural, que no nos parece del todo natural, sino consecuencia de su método de canto; esto es muy en favor del artista, porque puede corregirlo. Si como creemos, el señor Hernandez se reconcentra en sí mismo, y animado con los aplausos que el público le ha dado estudia con fé y perseverancia, no hay duda que le aguardan muy buenos dias en su carrera. Su acción es demasiado encogida, pero la práctica le enseñará. Estos artistas han puesto en escena *Hernani* y *Lucia*. El éxito de la primera representación de *Lucia*, no igualó á la del *Hernani*, pues el público manifestó muy justamente su disgusto en el segundo acto cuando se presentó *Arturo*, descompuesto en la escena hasta lo sumo, sin saber lo que cantaba y haciendo frente á sus demostraciones con una serenidad pasmosa; este joven se habia encargado por la mañana del papel á causa de haberse retirado de la sociedad el que debia cantarlo; la empresa no ha consentido que vuelva á presentarse y ha obtenido la ópera un éxito muy satisfactorio, á pesar de las grandes dificultades que ofrece. La señorita Moscoso y el señor Hernandez Amores estaban roncacos, prestándose á cantar porque no se suspendiese la función: á ambos se les conoció el estado de su garganta en el dueto del primer acto; pero despues, la señorita Moscoso se animó, cantando el dueto con el barítono de una manera que el público los llamó á la escena; pero donde mas lució sus facultades esta apreciable artista, fué en el rondó final, pieza de muchísimo empeño y que aseguraban los inteligentes, que no podría cantarla segun se hallaba aquella noche; sin embargo, la señorita Moscoso cantó el aria con una precisión y una maestría que el público en masa la hizo presentarse entre estrepitosos aplausos. El barítono señor Hernandez ha dado un gran paso del *Hernani* á *Lucia*, pues cantó perfectamente su parte de *Asthor*, habiendo ganado tambien mucho en sus maneras. Cuando esta ópera lleve algunas funciones, saldrá muy bien. La orquesta es excelente y los coros son muy regulares. La dirección de las óperas está á cargo del inteligente maestro señor Espin y Guillen y despues luego se adivina su mano en el conjunto y los detalles del espectáculo.

Animados con el éxito de las funciones del coliseo de la calle de Valverde, se ha formado una compañía de ópera para el teatro del Instituto y aseguran que otra para el de Variedades; idea que no creemos acertada, tanto porque ya el público se ha declarado partidario de la conocida, como porque en todo caso lo que harían en su rivalidad será robarse el público, no muy asistente en el tiempo del calor á los teatros; advirtiéndole que el de la calle de Valverde lleva á los otros una gran ventaja, porque es el mas fresco de la corte. La lista de la compañía del Instituto que insertan los periódicos y que se estrenará con *Norma* nos parece un *puff*, pues se anuncian los cantantes como *españoles*, y el tenor, el barítono y el bajo son italianos.

En el teatro de Variedades estan dando funciones los actores que formaban la compañía cuando quebró la empresa, y se ven favorecidos del público. La señora Rizo es actriz que cuenta con muchas simpatías, é igualmente los señores Jimenez y Catalina, menor, que progresa de dia en dia, siguiendo las huellas de su hermano Manuel. Las representaciones de *Cecilia la ciega* les han valido gran cosecha de aplausos y con producciones nuevas atraerán al público, que ya encuentra un cebo con la inglesa Fanny Stanley, que baila muy regularmente.

Las funciones de Carrasco en el Hipódromo con sus piruetas y ejercicios ecuestres, y *Fra-Diavolo* y los fuegos artificiales, y las de Mr. Paul en su *redivivo* Circo con sus mones y perros *sapientes*, y su prestidigitadora la señorita Raggi, han entretenido al público aficionado á esta clase de espectáculos *sin olor, color, ni sabor*, si se nos permite esta frase para calificar que nos nada en materia de diversiones de buen género.

El porvenir de los teatros en la próxima temporada es todavia dudoso. Se acerca el día en que el teatro Real se subaste, y aunque se designan empresarios y hasta cantantes, nada se sabe de cierto; lo que si puede asegurarse es que cuando la nueva empresa quiera acudir, casi todos los artistas mas notables estarán contratados en los demas teatros de Europa. Al frente del Teatro Español estarán los actores Romea, Guzman y Latorre, si se les admiten ciertas condiciones que han presentado, lo que no dudamos, porque no vendría tener cerrado el primer teatro de verso de la corte. El de Variedades parece que queda bajo la dirección del señor Alba, y nos alegraremos que así suceda; dejando al señor Dardalla que á placer solace á su público con sus piezas andaluzas. En el del Circo habrá zarzuela y ópera cómica, estando al frente de la compañía cinco maestros, un autor dramático, y el señor Salas. Entre los libretos que ya están poniendo en música, hemos oído que se cuenta uno del señor Rubí, titulado *Tribulaciones*; aun nada sabemos de los actores con que cuentan. En el del Drama habrá compañía de verso, y asegúrase que tambien la zarzuela invadirá este coliseo, como ha ido invadiendo los demas; la zarzuela es hoy el cólera-morbo de los teatros, que acabará por matarlos, si como creemos mas fundadamente la zarzuela no se mata á sí misma, lo cual redundaría muy en beneficio del arte.

Para cerrar nuestra revista diremos que nos ha sorprendido sobremanera ese movimiento literario que en estos dias se ha despertado entre el sexo femenino. Viendo las mugeres, segun dicen, postergada su soberanía, se arrojan á reconquistarla, péñola en ristre, contra el sexo fuerte, que se rie de gusto al ver á las Amazonas literarias aprestarse al combate. Tres periódicos se anuncian con el título de *Ellas*, *La Muger*, y *La Gaceta de las Hermosas*; sin disputa que el prospecto de *Ellas*, por su originalidad, está llamado á conseguir la primacia, si sus redactoras saben desarrollar el pensamiento segun le presentan, con sus *córtes de amor* y sus tendencias revolucionarias. Hé aquí lo que *Ellas* dicen de nosotros: «Nos parecen algo porque son señores; sean esclavos nuestros y los despreciaremos. Ha llegado el momento de unirnos, de empuñar la pluma y de combatir; llenos de fé, de entusiasmo y escudados en nuestras convicciones nos lanzamos al palenque literario, dispuestos á romper las trabas desiguales que ligan á los dos sexos, dispuestas á rehabilitar nuestro imperio, tan resplandeciente como el de los reyes».

deciente en los tiempos medios, en que la dama y la es-
pada eran los distintivos de los caballeros.—¡La muger!
¡Pobre humanidad! ¡A luchar! ¡Los primeros crepúscu-
los del sol de la regeneración empiezan á alumbrar el
horizonte de la belleza!—¿Y el horizonte de las feas?
preguntamos nosotros: ¿seguirá tan nublado aunque
triunfen las redactoras de *Ellas* en su lucha social? ¿Aca-
so las feas no tienen sexo?—¡Pobres feas!.... ¡Pobre
humanidad!....
Y aquí dejamos la pluma, cansados de buscar asun-
to y de escribir. G.

EPISODIO HISTÓRICO.

(1824.)

UN ESPAÑOL EN SIRIA.

I.

BASTERRICA.

Así se llamaba un miliciano nacional de caballería
de Tolosa, capital hoy de Guipúzcoa.
Comprometido con ardor por la causa de la libertad,
de la que se mostrara siempre decidido partidario,
empleó inútilmente sus esfuerzos para combatir la
reacción que vino en las bayonetas de los cien mil hijos
de San Luis, con que nos obsequió el congreso de Ve-
rona y la influyente regencia de Argel.

Sus compromisos políticos, su patriotismo hacían
que peligrara su existencia, en su pueblo y aun en Es-
paña; por lo cual emigró y se guareció en Gibraltar,
ese peñón de oprobio para nuestra patria y que parece
descollar entre los mares para insultar nuestro orgullo
nacional.

Gibraltar, donde está materializada la vida de sus
habitantes, no ofrecía vasto campo á nuestro compa-
triota, que ardiendo en juvenil entusiasmo necesitaba
emplearse en una vida que estuviese en armonía con
sus sentimientos y con su carácter. En Gibraltar no
podía hallarla: todo lo contrario, le era humillante su
vista; y no lo era menos el método de vida que le ha-
cían adoptar, pendiente siempre de un cañonazo para
retirarse del exterior de los muros y de otro para dejar
de andar por las calles; observándose estas invariables
prescripciones con esa severa rigidez inglesa que distin-
gue á los inflexibles habitantes de la Albion.

Basterrica, se dedicó á buscar un medio de salir de
aquella plaza fuerte donde se le figuraba estar prision-
ero; y al efecto pasaba los días completos en el muelle
por ver si en algún buque de lejanas tierras hallaba
quien á ellas le llevase.

II.

EL BERGANTIN LIBANO.

No habían transcurrido muchos días desde la resolu-
ción que formó nuestro guipuzcoano, cuando paseando
un día por el muelle notó la señal que ondeaba en la
torre de la vigia anunciando un bergantin, cuya proce-
dencia era desconocida de Basterrica; solo sabía que
aquella señal del telégrafo marítimo no convenía con
ninguna de las de los buques de las naciones mas cono-
cidas de Europa. Tendió la vista al Este que era el
derrotero que traía el bergantin; pero la distancia le
hacía parecer una de esas grandes gaviotas que vue-
lan por la superficie del agua. Corrió entonces á la ca-
pitania del puerto, miró con el antejo y pudo distin-
guir el barco que halló de una forma especial, que si
bien no distaba mucho de la de nuestros bergantines,
no era igual. Llevaba izado el pabellon y aunque le
veía claramente no le conoció, entonces se dirigió al
cuadro donde están pintados los pabellones de todos los
puertos del mundo que surcan los mares y conoció que
el bergantin era sirio.

Acercábase este magestuosamente al puerto, cor-
riendo á toda vela, hasta que al estar próximo comen-
zaron á coger rizados disminuyendo así la celeridad del
buque, y pronto dió fondo para ser reconocido por la
rigurosa sanidad inglesa y admitido á libre plática.

Basterrica, desde el momento que ancló el buque,
comenzó á palparle el corazón con violencia, pues
deseaba por instantes hablar con el capitán para regre-
sar con él á cualquier parte donde fuese. Pasó esperan-
do cumplir este deseo todo el día, y el cañonazo de
oración le avisó regresara á la plaza sino quería dor-
mir en la playa. Comprendió lo inútil que era esperar,
mas pues ninguno de la tripulación saltaría á tierra
hasta el día siguiente; y corrió á ganar la puerta antes
que la cerraran, no sin haberse informado que el ber-
gantín no se marchaba aquella noche ni aun en algu-
nos días. Supo también el nombre del buque, que era
el *Libano*, y el de su consignatario, y con tales noti-
cias se retiró á su casa para formar su plan de acción
pues solo tenía el proyecto de marcha.

Escusado es decir que en toda la noche no se sepa-
ró un instante de su imaginación, ni la Siria, ni el ber-
gantín *Libano*, trasportándose con estos nombres á mil
ensueños, delirantes unos, poéticos otros, religiosos
algunos y en todos algo de verosimilitud.

III.

BASTERRICA Y EL CAPITAN DEL LIBANO.

El cañonazo de la nueva aurora no tuvo necesidad
de despertarle: salió de su casa al oírle y se dirigió al

puerto. En aquel instante enarbolaba el *Libano* su pa-
bellon, y casi al mismo tiempo se descolgaba una de
las lanchas que llevaba el bergantin á estribor. La pu-
sieron un paño y sobre él se sentaron el capitán y al-
gunas otras personas del buque dirigiéndose todos al
puerto. Salíóles Basterrica á su encuentro, deseoso de
dirigir la palabra al capitán aunque pareciera indiscre-
ción; así que en cuanto saltó á tierra, le preguntó en
buen francés

—¿Habeis traído buen viaje, señor capitán?

—Escelente, caballero, le contestó con esa cortesa-
nia tan propia de los marinos.

—Parece muy belero el bergantin.

—Y lo es en efecto... vuela como el águila, es tan
valiente como un león, y tan fuerte como los cedros
del monte cuyo nombre lleva. ¿Sois marino?

—Desearia serlo; me entusiasma el mar, y deseo
navegar largo.

Teneis á vuestra disposición mi buque.

—Iba yo á decirlo que me teneis á la vuestra: soy
un emigrado.

—¿Militar?

—Casi, casi.

—Si quereis venir á Siria, teneis un camarote en mi
buque, y una plaza en el ejército de Mehemet-Ali.

—Acepto, capitán.

—Negocio concluido.

—¿Cuándo partís?

—Partiremos mañana; y hoy comeremos á bordo.

—Gracias; pero almorzaremos conmigo en la plaza.

—Aceptado.

Y dándose y apretándose las manos se agarraron
del brazo y entraron juntos en Gibraltar.

Jóvenes ambos, simpizaron desde su primera
vista. A la galantería del marino correspondía la noble
franqueza del guipuzcoano, y esto bastaba para que se
consideraran desde aquel instante como amigos.

Lo eran ya verdaderamente al concluir de almor-
zar, y no sabían estar separados cuando terminó la
opipara comida que el capitán del *Libano* tuvo á bordo
convitando á otras varias personas.

Al día siguiente, cuando se levantó el terral tan
amigo de los marinos, levó anclas el bergantin, fué
desplegando telas y empezó á marchar magestuoso con
hinchadas velas, y adornando su popa la rizada espuma
que iba formando su surcar violento.

IV.

PROYECTOS Y ESPERANZAS.

Pocas ocasiones se presentan en que pueda cono-
cerse mejor la educación, el carácter y los sentimien-
tos de una persona, como en una navegación larga; en
esa vida de unión é intimidad en que es preciso pasar
los días, comiendo á una misma mesa, paseando en el
pequeño alcázar, y viviendo en fin, todos, en el límite
de unos cuantos pies cúbicos de terreno.

Uno de los principales entretenimientos de los na-
vegantes es contarse mutuamente sus vicisitudes, si las
tienen; y aunque no eran extraordinarias las de Bas-
terrica, se veía reducido al ostracismo, y esto le re-
vestía de cierto interés y simpatía, que se aumentaba
por su juventud.

Paseaba un día con el capitán sobre cubierta, lle-
vando ambos el paso con esa uniformidad con que se
tiene que andar en un buque, y haciendo humear su
pipa, le dijo Basterrica.

—Decididamente, mi amigo, opto por ser militar,
cuadra perfectamente á mi carácter esta clase de vida.

—Lo celebro: siempre creí fuese lo que mas te con-
venía. Yo me encargo de que entres en la guardia de
caballería de Mehemet. Es el cuerpo mas brillante, y
siendo tú europeo, y yo diré que militar, obtendrás fá-
cilmente una graduación. Vestirás uniforme turco, y
solo te quedará de cristiano tus sentimientos, que no
tendrás que violentarlos, pues nadie te obligará á
muestras prácticas: somos mas tolerantes de lo que
creeis, y siendo militares hay completa libertad, hasta
de conciencia. Tu deber será obedecer ciegamente á
tus gefes, batirte con valor y cortar muchas cabezas
de enemigos, sin mirar quiénes sean. En cuanto á lo
demás te juro que has de ser feliz, y quizá no llores
mucho la pérdida de tu patria. La mia es deliciosa:
tiene bellos campos, flores y hermosas; á tu edad no
necesitas otra cosa; cuando busques amor lo hallarás
tan ardiente como el de una africana, y con una ven-
taja sobre tu tierra, y es que si allí son señoras vues-
tras mugeres, en Siria somos nosotros los señores.

—Me place, me place, querido amigo: huérfano des-
de tierna edad solo dejo en mi patria algunos parientes
que si bien nos amamos no nos somos necesarios; en
cuanto á mis amores no llevo conmigo ningún recuer-
do que me domine. He tenido amores; pero superficia-
les; y si á todo esto se añade la afrentosa situación de
mi patria que se ha entregado á la esclavitud, no tengo
para qué despertar en mi pecho el fuego del patriotismo.
Vamos pues á Siria, á Siria, añadió con entusiasmo,
abrazando al marino.

V.

UNA ILUSION CONVERTIDA EN REALIDAD.

Después de una navegación felicísima el *Libano* se
halló inmediato á la costa y á poco saltaba en tierra
Basterrica con el capitán del bergantin, que tenía que
cumplir personalmente una misión que llevaba para
Mehemet.

Un camello les condujo á la corte donde la compa-
ñía del marino era la mejor recomendación de nuestro
compatriota.

Solicitada la audiencia para ser presentado Baster-
rica al sultan, fué al instante otorgada y se efectuó,
quedando nuestro compatriota desde aquel instante
admitido en el ejército turco, y además de esta gracia,
Mehemet, le mandó alojar en su mismo palacio honrán-
dole como al extranjero mas ilustre.

No solo Basterrica, sino el mismo marino estaba
también sorprendido de la generosidad de Mehemet;
pero era un hecho y se felicitaban mutuamente.

Basterrica creía soñar. Se halla en el palacio de un
sultan, y su habitación nada tenía que envidiar á las
mas suntuosas del mismo alcázar, ni en el primor de
los arabescos, ni en el lujo de los muebles, ni en la os-
tentación de todos sus adornos. En su gabinete tenía
unas ventanas que daban al jardín, y esas mismas ven-
tanas tenían por celosías los ramos de los naranjos que
las cubrían con su hermoso verdor y su dorado y perene
fruto que permitían la entrada de una luz tan dulce
como la del crepúsculo. Jamás habitara Basterrica tan
encantadora morada, jamás pisara tan mullidas y ricas
alfombras, jamás le rodeara una verdad que parecía
tan ilusoria.

De noche era ya cuando entró en su gabinete; re-
conoció todas sus habitaciones, aspiró un instante el
perfumadísimo ambiente que despedía el jardín, y al
notar en el piano que tenía en su gabinete se acercó á
él lleno de alegría, y bendijo entonces deber á su edu-
cación el saber manejar aquel armonioso instrumento.
Corrió al principio sus manos por las sonoras teclas, ha-
ciéndola vibrar con temor; pero eran tan dulces sus so-
nidos que ellos mismos le estimularon á proseguir é
hizo resonar en el palacio todo el armonioso eco del
piano.

Repasaba en su imaginación lo que aprendiera, y
después de vacilar algunos instantes en aquello á que
daría la preferencia, recordó instantáneamente una
oriental que él mismo compusiera, y balbuceando los
versos, la entonó en el piano y cantó así:

Al nacer por el Oriente
De luz el rico tesoro,
Se ve á la noche su lloro
derramar,
Y entonces la blanca aurora
Con arrebol fulgurante,
Cada gota en un brillante
ve trocar.
Así también mi sultana
Tu presencia peregrina
Es de mi vida la aurora
mi solaz
Y al nacer de la mañana
Mi corazón ilumina
Con la luz encantadora
de tu faz....

Repetió otra vez estas dos estrofas, y calló. Creyó
haber oído ruido en el jardín, y se levantó del piano.

Pensó entonces en las advertencias que el marino
le hiciera sobre lo celosos que eran los turcos, y te-
miendo cometer una imprudencia cantando amores á
una sultana cuando la había en el palacio y podían oír-
le, suspendió su canto; pero no queriendo privarse de
tan grata distracción, volvió á hacer sonar las teclas
entonando un zorcico, el himno de Riego, y otras can-
ciones patrióticas, que le entusiasmaron hasta el es-
tremo de que quien hubiese entrado en aquel momen-
to en su cuarto y le hubiera contemplado, le habría
tenido por loco. Entregado se hallaba hacia rato á esta
febril alegría cuando pidiendo permiso un esclavo para
penetrar en su gabinete, permiso que tuvo que repetirle
algunas veces por no haberle oído Basterrica, obtenido,
le entregó el esclavo una carta en francés, en la cual
se le invitaba, de parte de Mehemet-Ali, á comer al día
siguiente con él, para que tuviera después el gusto de
oírle tocar el piano.

Quedóse pensativo al leer este billete, y dijo para
sí—No hay duda, me han oído... ¿pero asistirá?—¿Sé yo
lo bastante para tocar delante del sultan? y pensando
esto revolvía el billete entre sus manos, y desdoblán-
dole por la parte que no estaba escrito, se halló una ho-
ja de mirto. La examinó por todas partes, y nada halló
en ella; pero recordó el país en que estaba, el lengua-
je de las flores, y contestó al instante diciendo que
asistiría á disfrutar de tan señalada distinción.—Bien
hubiera querido devolver otra flor; mas ¿á quién? se
preguntaba.—Amor, significa esta hoja.... el sultan me
escribe.... ¡Dios mío! ¡si me amará él!... Y por mas
que pienso no atino en otra persona.... pero fuera tan
torpe idea, estoy en un país oriental, en un país de
amores, de aventuras, de.... en fin, suceda lo que
quiera, no pienso en ello.... tengo ya demasiado ar-
diente mi cabeza, y necesito respirar.... hagámonos
plaza por entre las ramas que cubren mis ventanas. Lo
hizo así tan resueltamente, que al asomarse al jardín,
pudo ver á una mora sentada delante de la ventana
y mirándola extasiada. Levantóse precipitadamente
al sentir ruido, y desapareció corriendo; pero no hizo
todo esto tan pronto que Basterrica, dejara de verla y
admirarla.

—¡Si me habrá enviado ésta la hoja! exclamó.

(Se continuará.)

POLINESIA.

La Polinesia contiene las islas Marianas, las de Pe-liou, Peli ó Palaos, la isla de Nevil, el grande archipiélago de las Carolinas, comprendiendo en ellas los grupos de Ralik y de Radak, el de Gilbert y Marshal, el Gran Cocal con las demas islas de esta cadena, y últimamente todas las islas del mar del Sur, ó del Gran Océano, desde el archipiélago de Haouai ó de Sandwich al Norte hasta las islas del Obispo, al Mediodía,



Isla de Tare.

y desde la isla Tikopia, cerca de Vanikoro al Oeste, hasta la isla Sala y Gomez, al Este, aproximándose á la América. De esta suerte, la division de la Polinesia tal como la hemos establecido, tendrá por límites, al Norte la Micronesia y el océano Boreal, al Nordeste la Malasia, y al Sudoeste la Melanesia; al Este la costa occidental de América, y al Sur el océano Austral. De las cuatro grandes divisiones de la Oceanía, la Polinesia ocupa el espacio mas grande en la mar, y después la Micronesia la mas pequeña superficie de tierra. Sus innumerables islas cubren la inmensa estension del Grande océano ó mar del Sur. Sus tierras son generalmente estériles, si se exceptuan las dos grandes islas que componen la Nueva Zelanda, las célebres islas de Haouai y Oahou, de Pala, de Tonga-Tabou y de Nouka-hiva, la isla de Vaihou, y la isla mas célebre de Taiti, que ha merecido el título de *Reina del océano Pacífico*.

Los numerosos archipiélagos de la Polinesia, igualmente colocados entre los trópicos desde las Marianas hasta Vaihou, distantes dos mil leguas, se parecen un tanto por su clima, la naturaleza de su suelo, sus producciones, su aspecto general, por una raza de hombres muy semejantes, por un idioma muy parecido, por sus costumbres, sus tradiciones, y por una civilización bastante idéntica. Aun cuando situadas bajo la zona tórrida, estas bonitas islas, acariciadas de día y de noche por las frescas brisas del mar, participan de la temperatura del Océano sobre el cual se hallan situadas con tanta gracia. Gozan de una primavera perpetua, raramente turbada por los huracanes, los volcanes y los temblores de tierra. Por todas partes presentan las escenas mas variadas. Cuando se perciben desde lo mas elevado de un navío, al través de los vapores de su brillante atmósfera, sus riberas rodeadas de un infinito número de madréporas, se creen ver reuniones magníficas ó montones esparcidos de coral, balanceados entre los vientos y las ondas por algun hada misteriosa. El mar espumante viene á estrellarse sobre los arrecifes que las protegen, y vuelve á caer como brillantes ráfagas de luz, mientras que las jóvenes nadan y gozan en sus aguas semejantes á las ninfas de la fábula, y se suspenden en los árboles cuyas ramas se inclinan hacia la ribera, se sumergen, salen, vuelven á sumergirse, como si no hubiesen conocido otro elemento.

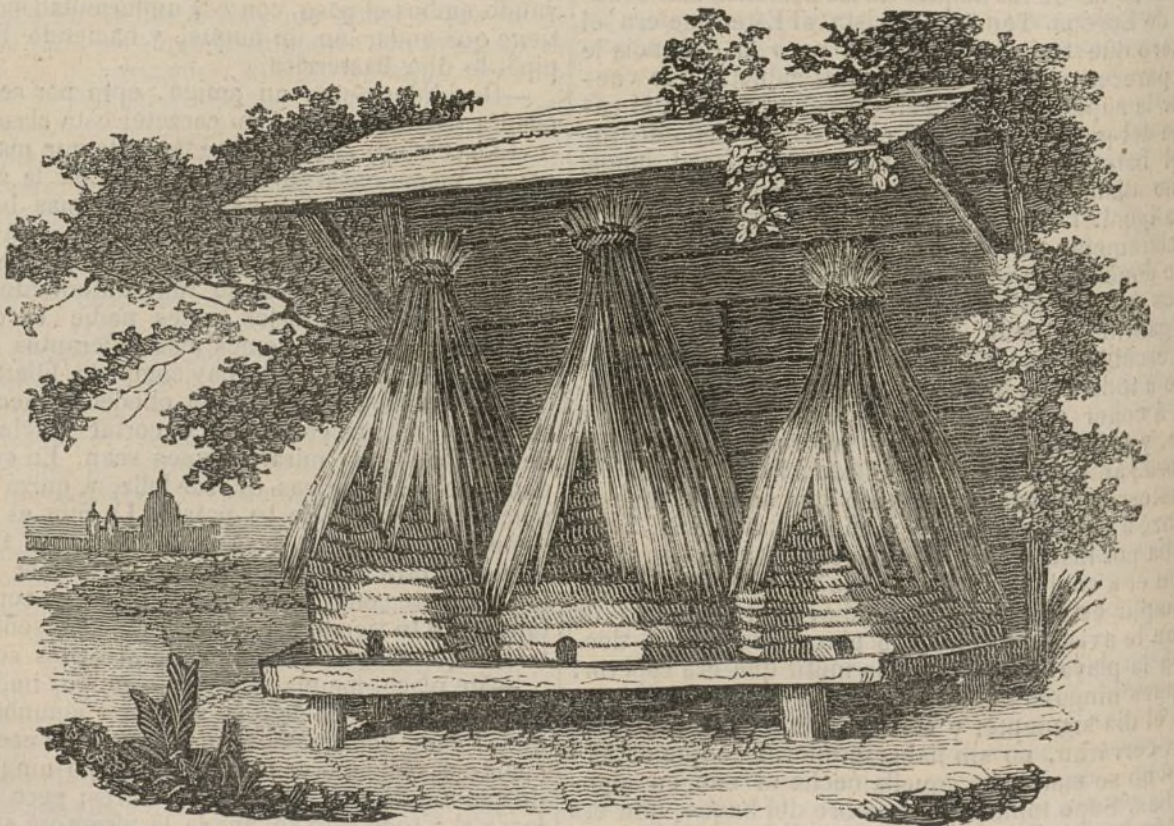
En medio de estos anfiteatros de verdura, de estos bosques regados por aguas frescas y limpidas, se oye al gozoso y placentero cultivador cantando á sus árboles alimenticios, sobre el suelo que produce en toda estacion y no exige los mayores cuidados para ser productivo. El día marcha sobre yerbas perfumadas, y la noche se vé alumbrada con resinas odoríferas. Sobre esta tierra generosa, la *azalia*, la *ixora*, el *bauhinia* y la *erithrina*, despliegan con magnificencia sus brillantes colores, la gracia ó la singularidad de sus formas.

El bananero forma florestas encantadoras, sus ramas como el simbolo de la paz, protegen las tumbas, se inclinan en señal de hospitalidad delante del extranjero pacífico, y sus frutos de oro pueden ser suficientes al alimento del hombre. El magestuoso cocotero, que los orientales llaman el *Rey de las palmeras*, regocija por todas partes la vista del oriundo de la Polinesia, ora se eleve atrevidamente sobre las rocas, ora sombree las soledades arenosas ó las húmedas playas del mar. Su nuez les ofrece una taza, leche, vino, vinagre, aceite y alcohol. La iguama, y la patata dulce, alimentan á la mayor parte de los insulares. En fin, el precioso árbol

tran tambien pollos, palomas, cerdos, perros, una multitud de pescados escelentes, y admirables mariscos, gatos, y varios animales útiles trasportados por navegantes amigos de los hombres. Tal es la profusion de los escelentes frutos que crecen alli sin cultura. Solamente la guerra viene algunas veces á turbar el reposo y la armonía de estos admirables panoramas.

La mayor parte de los polinesianos, dulces, sencillos, hospitalarios y alegres, no parecen aspirar á otra cosa que á la ociosidad. Nosotros, europeos orgullosos que vituperamos todo lo que no es nuestro, consideramos esta ociosidad como el vicio que engendra los demas. Pero si gozásemos de su dulce clima, si tuviéramos como ellos el alimento, el vestido, la morada sin esfuerzos, es bien seguro que el amor al trabajo no seria nuestra primera virtud, y sin salir de nuestra Europa, los *lazzaroni*, ¿no hacen construir la suprema felicidad en la *dolce far niente*, la dulce ociosidad? Los polinesianos acarician á sus madres y á sus amigos, respetan á los ancianos, y tienen mucha deferencia hacia sus consejos, virtud de que carecen la mayor parte de los europeos. La naturaleza acerca desde muy temprano los dos sexos en estas regiones ecuatoriales é intertropicales, que parecen ser la patria natural y privilegiada de los hombres. El amor, ó mas bien la voluptuosidad, es su constante ocupacion. El hombre procura agradar á las mujeres por medio de su valor y su destreza; la mujer emplea todos los encantos y la coqueteria de que la ha dotado la naturaleza para fijar á su amante, y se ven el uno y el otro reproducidos, jóvenes todavía, en una numerosa posteridad. Dichosos pueblos á quienes la naturaleza suministra con tanta generosidad la salud, la alegría y la abundancia de todo lo que es necesario para alimentarse, vestirse y vivir cómodamente, las tres primeras necesidades del hombre, donde el cielo, el suelo, las producciones, los habitantes, todo constituye una armonía encantadora, hasta en la arquitectura, que participa allí de un carácter gracioso, desconocido en lo restante del mundo.

Tantas ventajas comparadas con las necesidades infinitas y progresivas de los pueblos de Europa, con las penas, las fatigas, las dificultades sin número que nos es preciso soportar para subvenir á estas necesidades, ¿no hacen á los polinesianos infinitamente mas venturosos que nosotros? El orgulloso europeo ¿no ha encontrado tambien la felicidad entre ellos? ¿No debe nada á los hijos de la Polinesia? La providencia parece haber colocado estas islas encantadoras en mitad del grande Océano para poner á sus habitantes en el caso de ejercer la hospitalidad hacia los navegantes que le recorren; les ofrecen de espacio en espacio moradas cómodas, donde pueden á un mismo tiempo tomar respiro, coger provisiones y distraerse: son para ellos, en medio de las soledades inmensas del mar Pacífico, como



Antiguo sistema de chozas en la Polinesia.

muchas cosas, y su corteza suministra el tegido de una tela bastante ligera. De su tegido filamentososo se sacan hilos, del cual hacen varios objetos de utilidad, como cuerdas, cables, y velas para sus piraguas. En fin, su tronco convertido en nave, trasporta al habitante de Ouahou á Taiti, al natural de Setonal á Gonahan, y al de Tonga á la Nueva Zelanda. Los grandes cuadrúpedos, los animales feroces, los reptiles venenosos, los insectos dañosos no infestan estos hermosos climas como á la América en general, á la India, á la Malasia y á las mas bellas comarcas del globo. Allí se encuen-

aquellas oasis que busca el viagero fatigado en medio de los desiertos de Egipto. Asi, los primeros navegantes fueron tratados por estos isleños como dioses, ó al menos como monarcas. En cambio de su afección y de sus donativos, nosotros les hemos llevado los vicios y raramente los beneficios de nuestra civilización; hoy deben ellos maldecir aquella ilimitada hospitalidad que nos concedieron en otro tiempo sus padres, menos prudentes en esto que los chinos. Estos pueblos eran en otra época muy numerosos, y han sido diezmados por nuestras armas de fuego, por las necesidades facticias

y los males reales, y las enfermedades vergonzosas, y otras tantas causas de division que hemos sembrado nosotros entre ellos; por eso creen en el día al divisar un navio europeo que todos los males de la tierra van a desplomarse sobre ellos para atormentar su pacifica existencia.

Una lengua primitiva dividida en diferentes dialectos, de los cuales el tonga, el mas armonioso de todos, se halla enriquecido de aquellas formas gramaticales que anuncian una civilizacion bastante adelantada; instituciones y ceremonias semejantes; una interdiccion casi general; con frecuencia las mismas leyes y el mismo culto, que se encuentran en estas tierras, tan lejanas las unas de las otras, todo me autoriza a deducir, que los habitantes de todas estas islas han sacado sus usos y sus opiniones de una misma fuente, y que puede considerarse como tribus dispersas de una misma nacion que se han separado en una época, en que las ideas políticas y religiosas de esta nacion estaban ya fijadas.

Estas ideas, estas costumbres, y este idioma han debido nacer en un estado central, en el seno de un pueblo poderoso y navegador. Segun mi dictamen este estado central, este hogar, es la isla Kalemantan ó Borneo, y los dayas-bouguis son este pueblo. Varios hombres de dicho pueblo, naturalmente navegante, habrán dejado su antigua patria, llevándose consigo su pueblo, siguiendo el mar que está entre la isla Kalemantan (Borneo) y Mindanao, y por esta via habrán penetrado en el grande archipiélago de las Carolinas, desde donde se habrán ido estableciendo sucesivamente en las demas islas, á medida que los pólipos y los volcanes hayan colocado nuevas tierras en el Océano. Por lo demas, fundo mis pruebas en la comparacion siguiente entre los dayas y los polinesios, comparacion que me parece debe suministrar un testimonio de su gran peso. La tez blanca-amarillenta de los polinesios y de los dayas de Kalemantan; el ángulo facial casi tan abierto como el de los europeos, su estatura medianamente elevada, su fisonomia regular, la nariz y la frente respingada, los cabellos largos, crespos y negros, y el uso del aceite de coco para suavizarlos, y hacerlos lustrosos; la belleza, la gracia, las maneras flexibles y lascivas de sus mugeres, y especialmente de las bailarinas; las relaciones, aunque alteradas de sus idiomas; el hábito de la agricultura, de la caza y de la pesca; la habilidad en construir sus piraguas y en fabricar sus utensilios, sus creencias religiosas, los sacrificios humanos, sus trages, el régimen feudal casi semejante al que está en uso en la Malasia, el saludo de dos personas que se encuentran, que se frotan las narices mutuamente, todo indica la mas grande semejanza entre los dayas y los polinesios. La comparacion seria mas exacta todavía entre ellos y los turadjas y los bouguis; pero los turadjas y los bouguis, entre los cuales las propiedades de los grandes y de los sacerdotes son reputadas como sagradas, lo mismo que en la Polinesia y entre los dayas, nos parece, como lo hemos dicho en otra parte, pertenecer á la raza daya.

Facilmente se ve que la diferencia de los climas, las comunicaciones con las islas situadas en las distintas divisiones de la Océania, nuevas relaciones, nuevas necesidades, alimentos en ocasiones opuestos, la influencia de los pueblos extranjeros, y sobre todo la

Los pueblos de Haouai, de Taiti y de Tonga, son de todos los habitantes de la Polinesia los que han hecho mas progresos en la civilizacion. Los nuevos zelandeses reunidos en tribus poco considerables, y viviendo bajo un cielo mas áspero, y sobre un suelo pobre en recursos alimenticios están mucho menos adelantados; pero su poblacion, mas grande que la de los otros estados polinesios, su energia, su actividad y actitud para las artes y oficios, hacen esperar que su civilizacion mas tardia hará en su día progresos mas rápidos.

Los pueblos de la Polinesia han adquirido una in-

nas y á Kouaut-Cheou (Canton). Desde 1805 parte una flotilla desde Setonal y de Oulia y otras islas del archipiélago de las Carolinas á Lamourek, y va todos los años á Agagua en la isla de Gouhan (grupo de las Marianas), donde comercia con los españoles de esta colonia.

La antropofagia está muy propagada en la Polinesia, los canibales mas feroces de esta inmensa region son los naturales del archipiélago de Vitiou Fidji, los naturales de los archipiélagos de Hamoa, de los Navegantes, y los de Nouka-Hiva. Los habitantes de Nouka-Hiva, no solo devoran á sus prisioneros, pero lo que los dis-



Vista de una isla del grupo de Krusenstern.

dustria notable; todas las tribus de esta region fabrican telas finas con la corteza del aouté, y telas mas groseras con el liber del árbol del pan. Con una malla cuadrilátera y estirada sobre sus cuatro facces hacen toda especie de tegidos. Todos emplean los mismos procedimientos de fabricacion. Los polinesios preparan y hacen cocer sus alimentos en parages subterráneos con ayuda de piedras caldeadas, y se sirven de las hojas de los vegetales para sus obras diversas; convierten el fruto del pan, la carne del coco y el taco, en aceite; todos beben el kava, cuyo jugo los embriaga y los deleita.

Los habitantes de la Carolina son los únicos que fabrican verdaderos tegidos. Los habitantes de Tonga (de los Amigos), de Taiti (de la Sociedad), y de la isla Bouvouton, en el grupo de Toubonai, se distinguen tambien por su industria.

Los polinesios se distinguen especialmente por la construccion y la maniobra de sus piraguas, que vuelan sobre las aguas, por el gusto y las disposiciones

tingue de casi todos los antropófagos conocidos, es que en tiempo de hambre han devorado á sus parientes ancianos, á sus hijos y hasta á sus propias mugeres.

Los sacrificios humanos ofrecidos á los dioses han existido entre la mayor parte de los polinesios, como han existido entre la mayor parte de los pueblos de la infancia de la civilizacion.

Los gefes y los nobles de la isla de Nouka-Hiva aparecen cubiertos con una especie de corpiño de diferentes telas, ó de una cota de mal'a adornada con un gran número de canceladuras preciosas; pero los siervos y las clases inferiores, lo mismo que las mugeres, no pueden adornarse ni vestir sino con estrema sencillez.

ISABEL LA CATOLICA, (1)

(Conclusion.)

No escasearon las victorias en el año de 1486, en el que nuevamente cayó prisionero y fué puesto en libertad Boabdil. Celebráronse en Córdoba tales triunfos, y de aquí fué doña Isabel á visitar la ciudad de Loja, y á reunirse al ejército, que entusiasmado con su presencia, la aclamó con el título de *Madre de los Reales*. El descanso de las armas le ocupaban sus deberes de cristiana; y así en el invierno del año citado, marchó de peregrina á la ciudad de Santiago de Galicia; fundó un grande hospital para recibir á los peregrinos, que se hizo célebre en toda la cristiandad, reprimió de paso las violencias é injusticias que en aquel reino y en el de Leon cometian los grandes, y en la primavera de 1487 marchó en union de su esposo á continuar la conquista de Granada, poniendo sitio á Velez-Málaga, que se rindió el 27 de abril; á su ejemplo otras importantes villas, y la ciudad de Málaga el 18 de octubre, despues de una obstinada resistencia.

En 1488, continuaron las conquistas, se puso cerco á la ciudad de Baza, y los sitiados opusieron una tenaz resistencia. La reina se hallaba en Jaen, y en vez de acceder al levantamiento del sitio, por que le aconsejaban, envió víveres y caudales al ejército. Prolongábase el sitio: la defensa era obstinada, y tal la actividad é inteligencia de la valerosa reina de Castilla, honra de su sexo, tanto como de España, que cuidó de formar hospitales para los heridos y enfermos, de abastecer al ejército y á los pueblos, para lo cual tenia á sueldo catorce mil acémilas, reparó varios puentes y caminos, empeñando en Valencia y Barcelona todas sus joyas para atender á las deudas que originaban tantos gastos. ¡Magnánimo ejemplo de patriotismo, efectuado tambien por la inmortal reina de España doña Maria de Molina!—No bastaba todo esto para domeñar el valor de los sitiados; pensaban los cristianos levantar el cerco; pero pasa Isabel al ejército, le infunde nuevo heroismo con su presencia, desmayan los moros que ya conocian el temple de alma de la esposa de Fernando, y entran estos reyes triunfadores en Baza, y despues en Almería y en Guadix, pasando el fin del invierno en Sevilla.

(1) Véase el número 90.



Puerto de Hanarourou.

mezcla de las razas negra y malaya, con la de los dayas, han debido introducir cambios notables entre estos y los pueblos polinesios, y pueden solos explicar todos estos lazos que se encuentran entre los habitantes de esta parte del mundo. Por eso, la mezcla de los japoneses y de los chinos, ha dado á los primeros los ojos oblicuos de los segundos.

Todos los polinesios ignoran el uso del arco y de la flecha como instrumento de guerra: todos hacen uso de la bebida embriagadora del kava, y entre algunos las leyes de la etiqueta han adquirido ya un grande desarrollo.

hacia la escultura, que manifiestan en los adornos de sus embarcaciones, en sus tambores, y algunas tribus hasta en sus cabañas.

Las esculturas de los neo-celandeses, de los taitianos, de los naturales de Pelew, y de las demas islas Carolinas, son obras maestras de elegancia.

En cuanto al comercio, los habitantes de las Carolinas Occidentales son los únicos que pueden considerarse como verdaderos pueblos comerciantes. El puerto de Hanarourou, en el archipiélago de Haouai, ha llegado á ser en el día el centro de las embarcaciones mercantes que se dirigen á América, á las islas Filipi-

Entre victorias y fiestas acabó el año de 1490, y en el siguiente, se emprendió el sitio de la bella Granada, ciudad de los encantos, último baluarte de los infieles hijos del Profeta. La misma Isabel acudió en persona al campamento, aposentándose en la tienda del duque de Cádiz, y el rey en otra. Una dama de la reina, en tanto que ésta velaba, haciendo oración por el triunfo de sus armas, dejó caer una bujía, prendió fuego á la tienda de campaña, y en un momento ardieron casi todas las del campamento real. Todo fué confusión, desórden entonces, creyendo ser una sorpresa del enemigo, hasta que la presencia de Isabel y de Fernando serenó los ánimos, y todos consideraron á aquel incendio como á las luminarias con que se celebraba anticipadamente la victoria contra los infieles. Llena de confianza la reina de Castilla, mandó construir casas en lugar de las tiendas; y debió á tan rara casualidad su fundación la ciudad que hoy existe con el nombre de *Santa Fé*, rehusando modestamente la reina que se la llamase Isabela. En poco mas de dos meses quedó concluida, y se erigió una iglesia colegial.—De resultados del incendio, no quedó á la reina mas que el trage que tenia puesto, y Gonzalo de Córdoba, llamado el Gran Capitán, envió á Illora por los trages y muebles de su esposa doña María Manrique, para darlos á Isabel, quien al ver la magnificencia de unos y la riqueza de otros, le dijo: «Donde verdaderamente ha prendido el fuego ha sido en los cofres de Illora.» á lo que respondió aquel: «Que todo era poco para ser ofrecido á tan gran reina.»

El heroísmo y la constancia de los reyes de Castilla, recibió el premio á que se habían hecho acreedores, penetrando triunfantes en Granada el 2 de enero de 1492; en esa inmortal ciudad, llamada por los moros el *Paraiso de España*, cuyos encantos conserva aun en el día. El rey y la reina salieron de Santa Fé, al frente del ejército puesto en batalla, y en cuanto vieron enarbolar en la torre mas alta de la simar Alhambra, el glorioso estandarte de la cruz, se postraron en tierra para adorar esta insignia de la fé, arrodillándose tambien todo aquel numeroso ejército que tanto habia sufrido por lograr aquel triunfo, y arrojar de España á los infieles, apoderados de ella hacia ocho siglos. Tamaña empresa reservó el cielo al venturoso reinado de Isabel, cuya fama se extendió por todo al orbe. Entonces recibieron del papa los reyes de España el honroso título de CATÓLICOS.

Las victoriosas armas de don Fernando y doña Isabel, se pasearon como en triunfo por los vastos estados de que ya se componia el reino, llevando á todos ellos la paz y la felicidad, compañeras inseparables de Isabel; perturbada únicamente en Barcelona el 7 de diciembre de 1492 por un fanático que causó al rey una herida en el cuello, y por creerla los fieles catalanes de muerte, tomaron las armas, sin exceptuarse las mugeres de esta medida, pidiendo la cabeza de los regicidas. Condenado fué el agresor á perder la mano derecha y á morir despues atenuado; mas de la reina consiguió que ambos suplicios se ejecutasen en su cadáver despues de ahorcado.

No solo atendia Isabel á los sucesos del reino, sino á los de fuera, y para impedir el progreso de las armas francesas en Italia, hizo alianza con varios monarcas y principes, casando con ellos á sus hijas. No parecia sino que era guiada Isabel por la mano de la Providencia, y para que nada faltara á su gloria y á su inmortalidad, á ella debió el orbe el descubrimiento y la conquista del Nuevo-Mundo. Solo ella dió oídos al atrevido Cristóbal Colon, cuyo genio fué solo comprendido por la escelsa reina de Castilla, despues de haber sido despreciado por los gobiernos de Génova, patria de Colon, de Portugal, Inglaterra y Francia.

En tanto que Colon iba á conquistar las Américas, que no buscaba, envió doña Isabel á Gonzalo de Córdoba á vencer á los franceses en Italia, como lo efectuó en los repetidos encuentros que tuvo con ellos, logrando hacerse superior en aquel siglo, á todos los capitanes de Europa.

Debióle la reina la vida ademas de estas conquistas. Paseaba un día por el mar en una pequeña barquilla y sobrevino de repente un huracan tan violento, que ni era posible aproximarse á la orilla, ni permanecer mar adentro. Hallábase el Gran Capitán entre las personas que acompañaban á la reina, y conociendo el peligro en que se veía su soberana, la suplicó se confiase á él, y se arrojó con ella al mar, sacándola con toda felicidad á la playa, que estaba rebosando en gente, atraída por el rumor del riesgo en que doña Isabel se hallaba, á la que recibieron y á su valiente salvador con estrepitosos aplausos y aclamaciones de alegría.

A los grandes estados de Castilla, se agregó la Navarra, Pensó entonces Isabel en la tranquilidad del reino, haciendo importantes arreglos, tanto en la grandeza como en los moros, viniendo á perturbar sus venturas la muerte de su hijo el principe don Juan, y á poco la de la presunta heredera doña Isabel. La pérdida de estos dos hijos, á quienes amaba entrañablemente, sus continuos viajes, riesgos y fatigas, debilitaron su salud y cayó enferma en Madrid; pasó luego á Alcalá, Segovia y Medina del Campo, y en esta ciudad entregó su virtuosa alma al Criador, de resultados de una fatal hidropesia, el martes 26 de noviembre de 1504, dejando sumidos en el mayor desconsuelo á todos los españoles, que se envanecían en tenerla por soberana. Encargó en su testamento que no llorasen por ella, que el luto fuese sencillo, y que no se colgasen en la iglesia; que el túmulo solo tuviese trece hachas, pero sin gradas, ni torres, repartiéndose entre las iglesias

pobres y los mendigos todo lo que habia de gastarse en sus funerales.

Estas clausulas de su testamento hacen la apologia de tan gran reina, que no por ser soberana de Castilla desatendia las sencillas y domésticas obligaciones, pues dirigia por sí misma la educacion de sus hijas, y las enseñaba todas las labores femeniles, sin exclusion de hilar y remendar: *preciándose tan ilustre reina, de no haberse puesto su marido camisa, que ella no hubiese hilado y cosido.*

Isabel la Católica, ascendió al trono á gobernar un pequeño y turbulento estado: al morir dejó un reino donde el sol no se ponía.... ¿Qué mas puede decirse en su elogio?

A. PIRALA.

UNA HISTORIA DEL GRAN MUNDO.

NOVELA ORIGINAL

POR D. TEODERO GUERRERO. (1)

PRIMERA PARTE.

UN CORAZON DE HOMBRE.

I.

DOS HOMBRÉS Y DOS MUGERES.

Algo de solemne tiene la campana de un reloj; al menos así lo creeria el que hubiese visto dos cabezas, que inclinadas sobre el pecho, se levantaron al oír ocho campanadas en un elegante reloj colocado sobre el mármol de una chimenea; en la chimenea ardía una gran cantidad de leña, y el chisporroteo de la llama, al consumir los troncos, era la única voz que interrumpia el silencio, reinante hacia una hora en un gabinete, adornado con lujo, de una casa de Madrid.—Con las piernas cruzadas, la cabeza en el pecho, y arrellanado en un cómodo sillón, situado en frente de la lumbre, se hallaba un hombre envuelto en una bata.—¿Dormía ó meditaba? El mismo no hubiera podido dar la respuesta; sus ojos no se habían apartado del fuego: pensaba en todo y en nada. ¿Quién no se encuentra alguna vez en semejante caso? Por muchas ideas que ocupen la imaginación, ¿quién no se abstrae con un objeto que sin deber llamar la atención, por insignificante, le hace olvidar lo que le rodea?

A alguna distancia de la chimenea estaba una muger reclinada en un confidente, con la megilla apoyada en una mano, mientras que la otra caía naturalmente sobre sus piernas cruzadas; los pliegues del trage y su postura dejaban ver la punta del zapato, que hacia adivinar un pie pequeño; tendria esta muger veinte y cinco años; analizada bien no era una hermosura; pero sus facciones pronunciadas formaban un conjunto simpático; no pertenecía al tipo de la belleza delicada, fantástica, que parece marchitarse al menor soplo; era por el contrario una muger sensual, con alma de fuego y cuyas formas redondas y perfectas revelaban una naturaleza ardiente y firmeza en las pasiones. Sus ojos negros, cercados de largas pestañas, estaban cerrados; pero su imaginación no dormía; de vez en cuando agitábase su pecho ahogando un suspiro, el cual hacia en ella el efecto del viento, que escondido entre la tierra no encuentra salida.

Al dar las ocho, las dos personas habían levantado sus cabezas, encontrándose sus ojos.

—¿Duermes? preguntó él.

—No.

—¿Qué largas son las noches de invierno!

—Tienes razón, contestó la jóven; son insufribles fuera del gran mundo.

Púsose en pie el de la bata, tomó un candelero y salió.

La jóven no reparó que poco despues salía de la casa sin despedirse de ella.

No necesito apostar, porque de fijo mis lectores ya saben que estas dos personas componían un matrimonio; no tiene otra interpretación. Dos jóvenes, solos, en un aposento caldeado por la chimenea, alumbrado por la deslustrada luz de un quinqué; dos jóvenes, repito, en toda la fuerza de la edad, que en semejante situación piensan en dormir ó en cavar, no pueden ser mas que marido y muger. ¿Quién creeria que tres años antes Ignacio habia hecho locuras por Luisa? Imposible parece que fuera el mismo hombre; él, que pasaba las noches en vela soñando despierto con verse amado; él, que todo lo abandonaba por estar una hora al lado de Luisa; él, que juzgaba la dicha suprema del día columbrarla entre las cortinillas de su balcon; él, que se estremecía con el ligero roce de su vestido, y que hubiera dado la vida por un beso, que hubiera muerto desesperado si no le hubiese mirado con ternura.... ¡Hélo ahí, sentado lejos de ella, sin acordarse que existía, sin reparar en su voluptuosa postura y atre-

(1) Agotada casi en su totalidad la única edición que ha hecho el autor de esta obra, ha tenido la complacencia de autorizar á reproducirla en LA SEMANA, donde ya dimos noticia de ella á nuestros lectores en el número 90. Creemos inútil toda recomendación cuando el público ha fallado de una manera tan favorable y solo nos limitamos á recomendar su lectura.

viéndose á decir que la noche era eterna! ¡Oh! ¿Quién causó esta metamorfosis? ¿Quién, sino el matrimonio?

Luisa sentia la misma indiferencia; es decir, el mismo cariño que su marido: cariño frío, pálido, sin nombre, que no es amistad, porque se confunden los seres; que no es indiferencia, porque se buscan; que no es amor, porque está encenagado. Llámese como quiera la union conyugal, Luisa é Ignacio parecían dichosos. El trataba á su muger con el mayor decoro, le daba cuantos gustos queria, y hablaba con elocuencia de su felicidad; de la felicidad del dinero, de las jugadas de la Bolsa; hé aquí el bello ideal del matrimonio.

Luisa sufría. Desde que salió su marido, no hacia mas que consultar el reloj; llamaron, sintió pasos y un jóven entró. Ambos se dieron la mano, cambiando al mismo tiempo una seña que entendieron. Ella dijo:

—Te esperaba, Miguel.

—No es tarde; hay noche de sobra.

Luisa suspiró. Nunca se le escapan á las mugeres esas palabras prosaicas que nada quieren decir en sociedad, pero que en el amor representan el fastidio.

Miguel cogió una mano que Luisa le abandonaba, para llevarla á sus labios. Ella apoyó la cabeza en su hombro, y le dijo:

—Ya no me amas, Miguel. Hace un mes, tu mano estrechaba mi mano con mas fuerza, tu aliento era mas abrasador; buscaba tu boca á la mia y no sabias separarte de mi lado.

—¡Oh! te engañas, contestó el jóven. Te amo como antes.

Llamaron á la puerta. Ambos se pusieron de pie, y un momento despues entró una muger en el aposento. Luisa se hallaba recostada en el sofá y Miguel en un sillón, á una distancia mas que regular: la conciencia los separaba. Luisa ahogó su rabia, y marcando esa sonrisa angelical que hace traicion á la amistad, pero que nunca abandona los labios de la muger, dijo:

—¡Rosario!... ¡Cuánto me alegro que vengas! ¡Una semana sin verte!

—Es verdad, querida. Las visitas me impiden salir de noche; tú no te dejas ver en mis reuniones....

—Iré: te lo prometo.

Rosario saludó á Miguel, y la conversacion se hizo general. Cuando dos personas se quieren nada hay mas insoportable que la presencia de un tercero. Miguel estuvo locuaz y saeteó con sus ojos á la bella Rosario. Luisa mordió el abanico.

Duró la visita dos horas, y no trató de pintar la celera de Luisa: impolitica por demas, varias veces miró el reloj, pero sin conseguir su objeto: Rosario no se movía.

Miguel al principio se hallaba violento: despues se entretuvo en pasear la vista por las dos mugeres y comparar: las dos le agradaban, pero Rosario ostentaba una hermosura mas delicada: sus ojos azules eran lánguidos, su nariz afilada y sus labios delgados; deslumbraba por su blancura, que hacia resaltar su trage negro; trage que usaba desde su viudez, aunque habia pasado el tiempo del luto.

A las once, Rosario se despidió y Miguel se ofreció á acompañarla. Los ojos de Luisa se abrieron terriblemente y se clavaron en los de Céspedes, que aparentemente aquel violento signo telegráfico, que la anunciaba una llamada y una revolucion del alma pronta á estallar.

Rosario y Miguel salieron. Luisa abrió el balcon y los siguió con la vista hasta que doblaron la esquina. Despues se dejó caer en el sofá.—Su abanico estaba despedazado.

Al acostarse Miguel, echó de ver que tenia unas señas en la palma de la mano derecha, y riendo se dijo:

—¡Las garras de los celos! Luisa me enterró las uñas en la carne al despedirnos.... ¡Qué viuda! ¡Es una muger suprema!

Y se durmió sonriéndole la idea de una nueva victoria.

II.

UN HOMBRE DE MODA.

Despertó Miguel: vió con disgusto que solo eran las doce del día y tiró del cordon de la campanilla. Su ayuda de cámara entró, inclinándose respetuosamente.

—Señor....

—¿Ha venido el cartero?

El ayuda de cámara se acercó á una mesa del canto contiguo y le entregó tres cartas, diciéndole:

—Estas dos son de Madrid; la otra del correo.

—Está bien: vete.

Incorporóse Miguel en la cama y rompió los sobres de las epistolas: el menos conocedor hubiera comprendido que no trataban de otra cosa que de amorosas intrigas. Miguel tiró la carta recibida por el correo y exclamó:

—¡Pobre Rita! ¡Siempre consecuente, sin saber que me incomoda con su asidua correspondencia, á la cual contesto tarde y mal! Una muchacha de diez y ocho años, casada con un viejo impertinente; bella, si, pero tan poco espiritual, que á duras penas supo conservar quince dias mi corazón. No conoce el mundo, y en quince dias de nuestras relaciones no pude desmoralizarla lo bastante para que supiese andar por el camino del amor.

Abrió la segunda carta, que mejor debía llamarse lilete, el cual solo contenia estas palabras escritas en italiano:

«Hace tres dias que no te veo. Hoy canto en Luch y te espero en el teatro. Adios.—Celina.»

—Otra que tall dijo Miguel. ¡Exigente por especulación! Me vende caro unos favores que traduce por amor, y quiere sujetarme, aunque le pago con usura. Le tocó su turno a la tercera esquila, que hizo sonreír al joven, viendo la firma de Luisa; la carta decía así:

«Soy víctima de tu amor, Miguel; me destrozas el corazón con tu conducta. Todo lo he perdido por ti, bien lo sabes; pero los hombres en nada aprecian los sacrificios de las mujeres. Esta noche no he dormido; tú conoces la causa; necesito hablarte despacio; ven esta noche a las ocho, y después iremos al teatro del Circo, donde tengo un palco.»

—Palabrería femenina! ¡Todas se mueren de amor! ¡Pobrecillas! se mueren; pero es de celos al ver su orgullo herido... Tres cartas de tres mujeres bellas, que no valen lo que un cabello de Rosario...

Tiró las cartas sobre la mesa de noche, y pareciéndole temprano, volvióse del otro lado y se durmió.

No es fácil decir si algún sueño agitó su sueño; pero creo por la tranquilidad que manifestaba, que los nombres de Luisa, Rita, Celina y aun el de Rosario, huieron de su mente al identificar su rostro con la almohada. Para los hombres como Miguel, la vida no es sueño, según creía Calderón; la vida para ellos es la realidad, y la mujer arrastrada al terreno positivo, desnuda de todas las galas que le presta el idealismo y la inspiración, es un ser humano, cuyos encantos mueren el día de la consagración del cariño; los hombres de esta naturaleza, desgraciados sin percibirse de que lo son hasta que se serenán un tanto, estos hombres buscan a la mujer como busca la mariposa la luz: la atracción es el amor y en la llama se queman; para ellos no es la mujer el ángel consolador que viene a batir con sus alas fantásticas la trabajada imaginación del hombre, sino el demonio que se aposenta en su corazón para arrastrarlo al vicio: una vez encenagado perdió el diamante todo su brillo. ¡Desgraciados!

Mientras duerme Miguel de Céspedes, diré sus señas según constaban prosáicamente en el padrón del comisario. Edad: veinte y ocho años. —Ojos: negros. —Pelo: idem. —Color: trigueño. —Barba: cerrada. —Boca: pequeña. —Nariz: afilada. —Estatura: alta. Todo esto componía un real mozo, según le llamaban las viejas del barrio: su fisonomía era dulce, y sus grandes ojos languidos, cercados de esa mancha oscura, sello de la disipación, le daban interés a su rostro; sus modales elegantes, su ilustre apellido y las rentas que disfrutaba, le hacían gozar de una posición social, como hombre de gran tono, aunque no invertía el tiempo en provecho de nadie. Había recorrido con aprovechamiento medio mundo, se presentaba en sociedad con desenfado, jugaba sin miedo, tiraba las armas con destreza, poseía algunos idiomas, y derrochaba con sus queridas, satisfaciendo sus caprichos. Ahora que los lectores conocen a Miguel de Céspedes, no extrañarán la acogida que encontraba en las mujeres; poseía el encanto de apasionarlas en sus redes, y dominarlas sin dejarse supeditar por ninguna. Una nueva conquista no le desvelaba, pero satisfacía su amor propio: sabiendo el mundo, le envidiaban los hombres, y le buscaban las mujeres. —Es un error suponer que el hombre pierde a los ojos del sexo femenino, cuando lleva tras de sí un sinnúmero de conquistas; las mujeres se arrebatan al que es mas codiciado; cuando un hombre trate de triunfar, deslumbre al objeto de su cariño con sus glorias, y vencerá; el orgullo de la mujer se interesa en que desaparezcan aquellos satélites que girando alrededor de su pretendiente le hacen sombra.

Miguel callaba porque el mundo hablaba por él: una seña imprudente vende al amor y él conocía el terreno. Un amor de ayer solía extinguirse mañana, no dejando huellas en su corazón; pasaban las impresiones por él, como el azogue por el cristal, sin que quedase mancha alguna; verdad es que su corazón estaba virgen; se había encenagado en los placeres al abrir los ojos a la razón, y no había tenido tiempo para sentir las sublimes agitaciones del amor puro; no hallaba en el contacto de una mano, en el roce de un trage, una conmoción del alma, sino del cuerpo; la pureza era para Miguel el trono del ridículo. Las mujeres le compadecían, pero le amaban: ellas no quieren enseñar al hombre, sino aprender: ¡misero aquel que se presente candoroso a los ojos de su predilecta!

En esta vida de vicio continuo, Miguel sabía tratar a la mujer con decoro: este es el escalón para llegar a un idolo; las mujeres podrán amar a un hombre perdido; pero nunca al que rebaje su dignidad: su dignidad está siempre al nivel de su amor. Miguel dormía. Habiéndole pintado ya, no es extraño que sus pasiones no le robaran el sueño. Rita era para él un nuevo cadáver que yacía en el panteón de su pecho. El amor de Luisa iba caducando, porque contaba un mes de vida, y para un corazón como el de Miguel, treinta días de amor correspondido son otras tantas gotas de agua echadas en una escua. Celina era una ostentación, un objeto de lujo en la vida del elegante, que amaba mas para el mundo que para sí. Rosario era la sombra fantástica que aparecía entre las demas queridas; Miguel se había enamorado la noche antes de la vida; al menos así lo decía a las tres de la mañana en el Casino, a los amigos con quienes jugaba a l'écarté. ¡Cuatro mujeres y ni un suspiro, ni un síntoma de pasión! Hé ahí la razón: el amor es un ángulo recto; la geometría del corazón no admite el polígono.

Despertóse Miguel a las tres de la tarde y llamó. Al entrar el ayuda de cámara, le dijo:

—El almuerzo.... ¡Ah! dí a Juan que me ensille el tordo.

—Está bien, señor.

A las cinco, su tordo trotaba por la calle de Alcalá, en dirección al paseo de Atocha.

III.

UN DRAMA EN LA OPERA.

Los elegantes de Madrid del invierno de 1845 a 1846, saben que el teatro del Circo era el *rendez-vous* del gran tono cortesano; era una necesidad abonarse en él para obtener el pomposo nombre de *dandy*; allí se cantaba, se bailaba y sobre todo, se enamoraba; el público de las lunetas daba guerra con sus anteojos, sosteniendo sus intrigas; el público de la *ignominia* era un público sin color; los menos se entusiasmaron con los ecos de la música ó con las pantorrillas de las bailarinas; los mas buscaban en la oscuridad el misterio de algún amor *vergonzante*, reuniendo a la economía lo *á-propos* del sitio. —Me atempero a las circunstancias: hablando del gran tono, no puedo menos de usar ciertas palabras de otros idiomas, que son de *rigor* entre los látuos de alta clase.

Al teatro del Circo traslado, pues, a mis lectores.

Se alza el telón y empieza el primer acto de *Lucia*.

Había muchos palcos y lunetas vacíos: no era *comme il faut* asistir antes de empezar la función; era un sacrilegio *fashionable* enterarse del argumento.

Al abrir un palco, se volvían los anteojos y una lluvia de saludos seguía a aquel movimiento. En uno de la derecha, entraron tres personas a la mitad del acto: eran dos mujeres jóvenes y hermosas y un mozalvete que vestía uniforme militar; su bozo apenas visible, su charretera a la izquierda y su modo de presentarse algo cortado oían a colegial desde una legua. Algunos murmullos de aprobación se oyeron en las lunetas; pero las jóvenes aparentaron no repararlo. Tocaba a su término el acto, cuando llegó un elegante a ocupar su luneta; algunas visuales cayeron sobre él, y muchos abanicos se abrieron, formando ese ruido que parece un aviso; decididamente Miguel de Céspedes era un hombre de moda. Quitóse su paletot, puso en el respaldo del asiento, y se dejó caer con ese aplomo de una persona que sabe lo que hace; pidió al acomodador sus anteojos y empezó la revista. —Al llegar al cuarto palco de la derecha, Miguel exclamó entre dientes:

—¡Diabli! ¡qué feliz soy! la viudita está aquí.

Separó el antejo y hizo un saludo afectuoso.

Cuatro minutos después cayó el telón.

Levantóse Miguel de improviso, salió, y a los pocos momentos presentaba la mano a Rosario, haciendo una cortesía a las dos personas que la acompañaban.

La viuda desplegó una sonrisa, acaso la mas alhagüeña de cuantas pueden ensayarse al espejo, y brindó un asiento a Miguel.

—¿Qué le ha parecido a vd., Celina? preguntó Rosario.

—He llegado tarde, señora.

—Celina es muy linda, ¿no es verdad, Céspedes?

—En las tablas, respondió Miguel, y variando de conversación: —Esta señorita y este joven pertenecen a la familia de usted?

—Julia es hija de una señora amiga mia, y este caballero es mi sobrino. Guillermo—dijo a este—te presento al señor de Céspedes a quien suplico te enseñe el secreto para ser protegido de las damas.

—Señora... repuso Miguel.

—¡Oh! tiene vd. una reputación monstruosa, amigo Céspedes; dicen que es vd. irresistible.

—Vamos, Rosario....

La viuda se echó a reír. Miguel, aparentando desconcertarse, presentó su mano al oficial que abrió los ojos para mirar a aquel idolo de las mujeres.

Miguel se acercó mas a Rosario para decirle.

—Me trata vd. con crueldad; pero perdono la burla, por la gracia con que se me dirige.

—Se equivoca vd., amigo mio, digo la verdad; el mundo se ocupa de vd. mas de lo que debiera.

—Valgo muy poco, señora....

—¿Es vd. modesto? ¡qué risa!

—No soy modesto; pero conozco que valgo poco, porque apaga vd. con la frialdad de la risa el fuego de una pasión.

—¡Qué pasión!

—La mia.

—No había conocido que estaba vd. enamorado, y enamorado de....

—De vd., Rosario; pero calla mi labio, porque dicen bastante mis ojos.

—¿De veras? preguntó la viuda sonriéndose para ocultar su turbación.

—Sí: ayer nació este cariño y ya hace en mi corazón mas estragos que si contara un año de existencia: el amor es una chispa que viene a incendiar mi corazón demasiado combustible.

—Hable vd. mas bajo: pueden oírlos.

Esta advertencia en la boca de una mujer es un fallo victorioso: cuando quiere encubrir una palabra con el velo del misterio, es porque estima esa palabra en mucho; porque teme que se evapore al soplo de los que le rodean.

Miguel y Rosario hablaron en voz baja; pero tan baja, que apenas se entendían; en cambio sus alientos se estaban confundiendo y si no oían, adivinaban.

Embelesados, no vieron entrar en el palco de enfrente a dos personas de distinto sexo. El clavó su lente en el escenario, pues empezaba el segundo acto, y

no supo separarlo de la *donna* que cantaba: era Celina. Ella apoyó un brazo en el antepecho del palco, y fijó sus anteojos en Miguel y en Rosario; ni el marido ni la mujer contestaron a los saludos que le dirigieron: Luisa é Ignacio, porque eran ellos, estaban embebidos.

Al entrar, la desgraciada amante tropezó con la vista en el grupo vecino de Rosario y de Miguel: sintió que las piernas le flaqueaban, se le nublaron los ojos y dejóse caer en el sillón: desde allí devoró los menores movimientos de ambos: —demasiado se le alcanzaba el asunto que discutían.

Hay siempre en la mujer, por ignorante que sea, un órgano perspicuo que alcanza mucho; un órgano que le revela los sentimientos de sus amantes y que le hace temer por la vida de su pasión; antes de recibir su corazón un golpe de muerte, lo adivina porque vé nublarse el horizonte y su alma le anuncia la tempestad; sus fibras mas delicadas se estremecen, y cuando llega el golpe contundente la encuentra prevenida; pocas veces se sorprende al corazón de la mujer porque sabe presagiar la felicidad ó el infortunio que vienen a buscarla, aunque sea a pasos agigantados. La primera mirada de Miguel dirigida a Rosario la noche antes se clavó de rechazo en su corazón como un dardo envenenado: aquella mirada le había dicho claramente que otro amor iba a sustituir al suyo: aquella mirada era la introducción de un poema que dedicaba a Rosario y el epílogo de otro poema que cerraba las hojas del libro del corazón de Miguel para Luisa: aquella mirada fué el adiós de su amor. Luisa, sobresaltada, había escrito a Miguel, y sus temores acababan de convertirse en realidades, viéndolo a su amante en el teatro, al lado de la viuda. —¿Necesita acaso una mujer que el hombre que adora la rechace para saber que en su corazón se guarda una tumba que encierra su cariño en el sudario de la indiferencia?

El amor propio de Luisa luchaba en aquel momento con su corazón. ¡Lucha espantosa! ¡El ridículo y el olvido! ¡Qué espinas tan agudas para la cabeza y el corazón! —¡Pobre mujer!...

Iba a terminar el acto, y Miguel se despidió; dióle Rosario la mano, y con la mano, con los ojos, con un movimiento, con todo, menos con la boca, le hizo esta pregunta: «¿Volverá vd.?» Miguel lo comprendió, y del mismo modo supo responder: «Volveré.»

No es fácil pintar el estado de Luisa, cuando vió un momento después a Céspedes en su palco. Saludó Miguel dos veces, y no obteniendo respuesta, se dispuso a salir despedido cuando volvió Ignacio la cabeza.

—¡Ola! venga esa mano.—Luisa, aquí tenemos al amigo terrible; hoy creo que es el protegido de Rosario. Siéntese vd.

Luisa bajó la cabeza, contentándose con decir:

—Buenas noches.

—Felices, contestó Miguel secamente y con tono vulgar.

Cayó el telón.

La escena había cambiado; la que observaba ahora era Rosario; sabía como todo Madrid—menos el marido—las relaciones de Miguel con Luisa y le rebosaba el gozo, viéndose vencedora; no se le escapó el saludo de entrambos y el estado alarmante que preparaba aquella entrevista.

Ignacio cojió el sombrero y dijo a Luisa:

—Te dejo bien acompañada; voy a fumar.

—Adios, Castro.

—Adios, Céspedes.

El que hubiese estado en las lunetas, hubiera oído decir a algunos, viendo salir a Ignacio del palco:

—¡Escarante marido!

—¡Qué marido tan marido!

Miguel y Luisa quedaron solos; ésta guardó el silencio: aquel se recostó en el antepecho, y entre dientes talareó el aria que había cantado Celina. La rabia ahogaba a Luisa: veía la indiferencia y la soberbia de Miguel y no se le escapaba que la viuda y él se estaban mirando.

Cinco minutos después, no pudiendo contenerse, volvióse hacia el joven y le dijo:

—No hay duda, que si alguien reparase ahora en nosotros perdería vd. su reputación de hombre galante.

—Vuelvo el golpe con el arma que me tiran; no es justo que vd. censure lo mismo que me enseña.

—No comprendo ese lenguaje con una señora.

—Ni yo esa manera de tratar a un caballero; estamos pagados.

—Podía vd., señor mio, haberse quedado en el palco de enfrente; ¿no ve vd. que le están esperando?

—Siempre es tiempo para corregir un yerro. A los pies de vd., señora.

Hizo un saludo respetuoso y salió.

Volvióse Luisa de espaldas al público y enjugó dos gruesas lágrimas que asomaron a sus ojos. Tuvo que reponerse un momento después porque Rosario entraba en el palco y se disponía a abrazarla; Luisa se estremeció al estampar en las mejillas de su rival el beso de la serpiente.

La entrevista fué corta; el despecho impedía hablar a Luisa; a Rosario le ahogaba el regocijo. ¡Era una crueldad! ¡Rosario iba a gozar de su triunfo sobre la víctima! ¡Qué noche para el orgullo de dos mujeres!

Miguel vió vacío el palco de Rosario y se acordó de Celina. Se introdujo entre bastidores y empujó la puerta del camarín de la *donna*. No estaba sola; un joven sentado a su izquierda, trataba de cojer una de sus manos: era Ignacio. Levantóse éste turbado, y viendo reír a Miguel, le preguntó con rabia:

—¿Se rie vd. de mí, señor de Céspedes?

—Sí, de vd., señor de Castro.
—No puedo consentir....
—Calme vd. su agitacion y no me tenga miedo. Ignoraba vd. que esta puerta nunca está cerrada para mí, y he venido á probárselo. ¿Quiere vd. desbancarme? Enhorabuena.

—Caballero, ese tono...

—Es el que uso con los necios.

—¿Se atreve vd. á faltarme?

—Claro está.

—Necesito una explicacion.

—Está bien: ahora salga vd. de aquí. Lo mando.

Ignacio salió furioso, no atreviéndose á dar un escándalo porque su muger se hallaba en el teatro.

Ocupó Miguel el sitio de Ignacio y meditó un momento; el desaire de Luisa lo pagaba su marido: quería vengar una ofensa que no le había herido.

Celina estaba aturdida; no entendía el español; pero sabía que alguna escena desagradable había pasado en su presencia.

Miguel le dijo en italiano:

—¿Te hacia buenas proposiciones?

—¿Me insultas?

—La verdad no es insulto.

—¿Qué has creído?

—Nada; hacia tres dias que faltaba yo y querian sustituirme. Mañana te mandaré mas de lo que él pudiera ofrecerte.

Iba á empezar el acto, y salió Miguel del camarín, sin despedirse de la prima-donna. ¿Acaso comprendía ella lo que era el desprecio? Para un corazon metalizado como el de Celina, un desprecio no era mas que un tanto que amenazaba defraudarla en sus intereses.

Rosario aguardaba impaciente á Miguel. Apenas entró éste, se levantó Luisa y dijo á su marido:

—Me siento indisputada, quisiera retirarme.

—Iba á proponértelo: estás pálida.

—Tengo oprimido el corazon.

—Será el corsé, dijo Ignacio cándidamente.

—Puede ser: vámonos.

—Vámonos.

Ignacio se alegró de la indisposicion de Luisa, pues era para él horrible tener enfrente á Miguel de Céspedes, á quien no había podido volver el ridiculo y el insulto que acababa de arrojarle á la cara.

Dió el brazo á Luisa y la sacó del teatro arrastrando.

Al entrar en el coche, decía entre sí.

—Las mugeres tienen á veces momentos inspirados. ¿Qué enfermedad tan oportuna!

—Castiga á los caballos, dijo Luisa con débil voz al cochero.

—¿Cómo te encuentras? le preguntó Ignacio.

—Muy mal. Parece que me arrancan el corazon.

—¡Melindres! dijo el marido; y se arrellanó en los almohadones del coche.

Los caballos partieron al galope por la calle de las Infantas.

Volvamos al teatro del Circo.

El triunfo de Rosario favoreció á Miguel. No escucharon la ópera, y cuando los aplausos avisaron que terminaba la funcion, se miraron los amantes con disgusto. Ofreció Miguel el brazo á la viuda, Guillermo á Julia, y entraron los cuatro en el carruaje de aquella.

La misma conversacion se continuó, aunque con mas calor, y protegida por la oscuridad;—esta vez dieron gracias á la policía que dejaba apagar temprano los faroles.—Si Guillermo y Julia no hubiesen sido cándidos, hubieran notado que las manos de Miguel buscaron las de Rosario, y que ésta las estrechó entre las suyas, suplicándole que tuviese juicio; súplica que acomodan las mugeres muy á tiempo; pero que saben no suele surtir efecto, porque no se oye.

Al despedirse se contentaron con mirarse, porque la emocion les había embargado totalmente la voz.

Cuando Miguel se fué á acostar, encontró encima de su mesa una targeta, donde se leía: IGNACIO DE CASTRO.—Mañana á las cinco de la mañana en la venta del Espíritu Santo.

Tiró la targeta, diciendo:

—¡Un madrugon me cuesta! Buscaré mis testigos.

Cojió la pluma, escribió dos cartas, vió que solo eran las tres, y dijo á su ayuda de cámara:

—Lleva estas cartas ahora mismo.

—¿A dónde? preguntó aquel, espantado.

—Al Casino.

(Se continuará.)

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

El poco espacio de que disponemos para consagrar-nos á las tareas bibliográficas, nos hubiera retraído siempre de escribir este artículo; pero hay libros que no pueden pasar desapercibidos, y por lo tanto vamos á ocuparnos, aunque brevemente, de algunas obras notables que en corto espacio de tiempo han visto la luz pública, y que merecen particular atencion.

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA ORGANIZACION MILITAR Y SISTEMA DEFENSIVO DE LOS ESTADOS, por el brigadier de infanteria don José Herrera Garcia (1). Este libro, bueno entre los pocos militares que

(1) Se vende en Madrid, en las librerías de Monier, Carrera de San Gerónimo, y de Perez, calle de Carretas; en provincias, en casa de los respectivos corresponsales de dicha librería; en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, en las secretarías de las direcciones y comandancias de ingenieros respectivas. Precio: el tomo con atlas, 56 reales.

en España se publican, lleva por primera garantia el distinguido apellido del sábio autor de la *Teoría analítica de la fortificación permanente*, y de los dos sistemas de fortificación á quienes dió su nombre imperecedero ya. El libro de que tratamos se halla dividido en tres partes. Esplicanse en la primera con suma claridad é inteligencia las causas de la debilidad de las actuales plazas de guerra, analizase la mas conveniente relacion entre el número de aquellas y la cifra del ejército en una nacion, y se presenta un curioso cuadro del ejército actual en la mayor parte de los estados europeos. En la segunda parte de este interesante libro combate el señor Herrera Garcia con tanto criterio como fortuna los varios proyectos y absurdos que existen sobre la restauracion del valor perdido en las plazas de guerra, deduciendo de todo la naturaleza y organizacion hoy mas convenientes en aquellas. Por fin, en la tercera parte de la obra trata el señor Herrera de la defensa de las costas en general, y despues como apéndice, publica un exámen de las observaciones criticas hechas por varios militares nacionales y extranjeros sobre su segundo sistema de fortificación, las cuales rebate victoriosamente. El nombre del autor, á quien el ilustrado publicista militar inglés Jaime Fergusson llama *oficial español eminente*, á quien S. M. el rey de Prusia creyó justo condecorar con la medalla de las ciencias, juntamente con la fama esclarecida de que goza aquel en Europa, nos dispensan de tributar aqui todos los altos encomios que la citada obra merece, aunque ella no le haya hecho dar su lugar en la junta de gefes militares recientemente nombrada para entender en el proyecto de un sistema general defensivo en la peninsula. Nosotros, menos ilustrados ó mas imparciales, no vacilamos en recomendar dicho libro á todos aquellos que saben estimar todo lo que es útil como justos, entendidos y noblemente independientes.

LA SOLEDAD, obra escrita por Zimmermann y traducida por don Fernando de Gabriel y Apodaca (1). De distinta índole que el anterior es este libro; pero de no menos mérito en su género. Desde luego una obra que tiene por patria adoptiva á la sabia Alemania, *La Soledad* por nombre y por padre á Zimmermann, no puede menos de ser buena. Sin que tengamos la loca pretension de constituirnos en censores, y mucho menos en tratándose de un filósofo tan sábio, diremos que *La Soledad* es uno de aquellos libros de sabrosa lectura y sublime trascendencia, una flor cuyas hojas exhalan un perfume suave que consuela y purifica, un libro al cual puede aplicarse con justicia el conocido precepto latino *instruit delectando pariterque monendo*. El célebre suizo publicó este libro el año de 1756. La Alemania y todas las naciones ilustradas saludaron su aparicion con unánime aplauso, por lo cual se tradujo inmediatamente en todos los idiomas. España era uno de los pocos países que carecian aun de aquella joya literaria y el señor Gabriel creyó sin duda, como español y como conocedor que es del verdadero mérito, no solo justa, pero hasta de honra nacional la traduccion de tan precioso libro. Vertióle, por consiguiente, en nuestro idioma, eligiendo la escelente traduccion francesa de Mamier, haciéndole preceder de una luminosa biografía del inmortal Zimmermann, que sirve de introduccion. En todas las páginas de este libro, consagrado á presentar las conveniencias é inconvenientes de la soledad como espléndido refugio de nuestra libertad, de nuestros dolores y esperanzas, rivalizan con la amena naturalidad del estilo los grandes pensamientos filosóficos. En el primer capítulo se lee: «El hombre pensador estará con frecuencia solo en la mesa de los grandes.»—En otro lugar dice: «El que es celoso de su libertad no inclina la cabeza abrumado con los hierros de la esclavitud, no puede someterse al despotismo de los mentidos talentos que desde su miserable tribunal arrojan raudales de hiel sobre todos aquellos de sus contemporáneos que han adquirido alguna distincion, sobre todos los que se señalan por su talento ó por su valor, escritores, filósofos, legisladores, generales y príncipes.» En otra parte se lee: «No tratemos de contradecir á los que el raciocinio no puede convencer; nos es mas fácil conquistar su corazon, y cuando hayamos adquirido su afecto, podremos dirigir su espíritu.»

Tan filosóficas y profundas máximas se encuentran á cada instante en cualquiera de las páginas por que se abra este libro. Diremos por último con su entendido traductor que el que atentamente leyere *La Soledad*, no podrá menos de esclamar al concluir: «¡qué gran poeta es este gran filósofo!»

ORDENANZAS DE S. M. ilustradas por artículos, etc., por don Antonio Vallecillo. Tenemos á la vista los dos tomos que han visto la luz pública. El señor Vallecillo bien pudo haber seguido, como el erudito compilador portugués, el sistema de reunir en una seccion independiente todo lo relativo á cada arma ó ramo para mayor claridad; pero ha preferido el de ilustrar dichas ordenanzas por artículos, cuyo método es tambien de fácil compresion, si bien exige que el lector tenga bastante bien conocido de antemano el primitivo texto del código militar del año 1768. De todos modos el señor Vallecillo ha conseguido con su obra, no tan solo hacer un gran servicio á todo militar estudioso, sino tambien elevar un monumento imperecedero de la historia de nuestras reformas militares contemporáneas.

GEOMETRIA APLICADA A LAS ARTES, por don Enrique

(1) Se vende en las librerías de Cuesta, calle Mayor; Bailly-Baillière: calle del Príncipe; de Monier, Carrera de San Gerónimo, su precio, 12 rs.

Gomez de Cádiz, Madrid. Otra de las obras que debemos tambien recomendar, es la Geometria aplicada que el joven regente en matemáticas don Enrique Gomez publica por artículos en el periódico *Mentor de las Familias*. El plan que se ha propuesto el autor escribiendo á continuacion de cada teoria sus problemas y principales aplicaciones á las artes é industria, facilitará completamente su estudio, puesto que desde el principio se deja conocer el objeto y utilidad de tan interesante ciencia, lo que no sucede con el estudio de la geometria solamente especulativa.

Hace muchos años que se notaba en España la falta de una obra de este género, y no podemos menos de estimular al señor Gomez para que, concluyéndola con brevedad, la presente al gobierno despues de algunas ligeras correcciones, el cual no dudamos la aceptará para la enseñanza en la escuela de artes, y animará á su laborioso autor en la carrera que ha emprendido y sigue con tanto provecho y utilidad del público.

Ademas de los anteriores, está proximo á anunciarse al público un nuevo libro no menos notable, cuya traduccion es debida á la pluma del antiguo y docto profesor de álgebra en el colegio militar don Juan Nepomuceno Servet, al cual debemos mucho cuantos tuvimos la fortuna de ser sus discípulos en aquel establecimiento. La obra á que aludimos es militar y trata de la táctica general de las tres armas. La falta de espacio y la circunstancia de no haberse anunciado todavia, nos obligan á terminar esta revista y á dejar la critica de dicha obra para otra ocasion ó para otra pluma mas correcta y menos ocupada que la nuestra.

U. PASARÓN Y LASTRA.

ALMA DE ARTISTA.

A LA SEÑORITA

DOÑA EMILIA MOSCOSO.

¡Tuya es del genio la palma!
¡tú mis dolores renuevas!
¡tú me arrebatas la calma!
¡dame el fuego de tu alma
pues en tus labios le llevas!

Sueña laureles y flores
en el arte que te inspira;
canta, Emilia, los amores,
mientras que triste en mi lira
yo cantaré mis dolores.

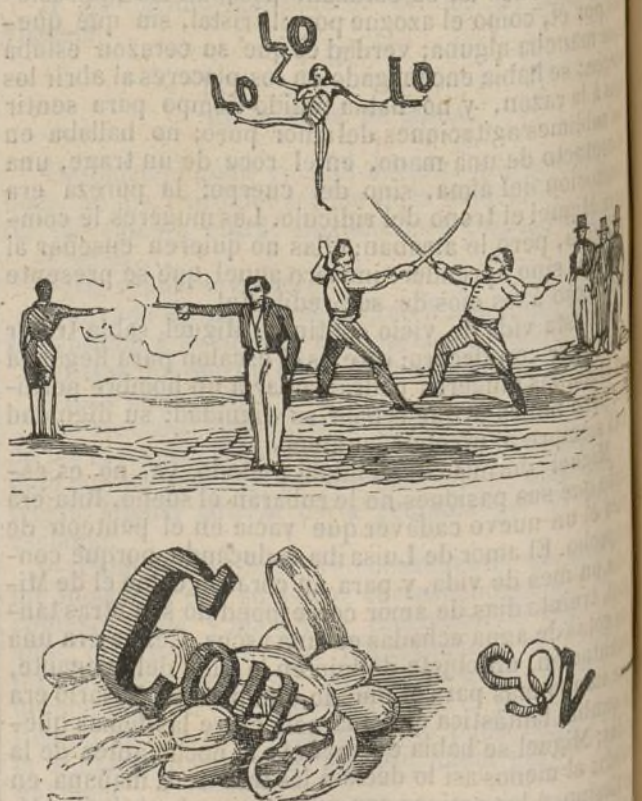
Tú lloras y haces llorar;
tú sientes y haces sentir;
tú sabes interpretar
al arte que te ha de dar
la gloria en el porvenir.

¡El génio! ¡sublime don!
Si cantas, mis torcedores
los oculta el corazon;
reboso de inspiracion
y enmudecen mis dolores.

Julio 26, de 1854.

T. GUERRERO.

LOGOGRIFO.



La solucion en el número inmediato.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.
Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8